

DARIEN

EL IMPERIO DE SAL

LIBRO PRIMERO

LOS IMPERDIBLES

OTROS LIBROS
DEL AUTOR EN DUOMO:

La guerra de las Dos Rosas. Tormenta
La guerra de las Dos Rosas. Trinidad
La guerra de las Dos Rosas. Estirpe
La guerra de las Dos Rosas. Amanecer

C. F. IGGULDEN

DARIEN

EL IMPERIO DE SAL

LIBRO PRIMERO

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2019

Para Jillian Taylor

PRIMERA
PARTE

1

RIESGO

Elias Post era cazador, un buen cazador. Los ancianos del pueblo hablaban de su habilidad con grandísimo orgullo, como si fueran dueños de parte de su talento. La gente de Wyburn esperaba que les llevara comida, incluso en los meses más oscuros del invierno, cuando en otros lugares perdían a sus ancianos y niños.

El terreno que los rodeaba estaba yermo, aunque ellos aún trabajaban con ahínco, protegiendo de los cuervos y las voraces palomas silvestres las cosas que tanto tardaban en crecer. Todavía había ovejas pastando en las colinas peladas. Torcaces que daban picotazos y miraban con odio dentro de sus cajas. Abejas que revoloteaban sin objetivo en las hileras de colmenas. Habría habido suficiente para alimentarlos a todos si algunos bosques no hubieran sido quemados y sembrados con semillas de plantas oleaginosas para la ciudad y así conseguir plata en lugar de comida. Elias no conocía los pros y contras de estas decisiones. Cuando el almacén de grano se agotó años atrás, cuando pusieron trampas en las madrigueras y las vaciaron, el huesudo dedo del hambre se incrustó en el pueblo y señaló a los ancianos que se mecían al lado del fuego.

Él había salido por primera vez siendo un niño y había vuelto con su madre en triunfo, con brazadas de patos o lie-

bres colgadas del cinturón como una falda de piel gris. En el verano había abundancia, pero era en lo más profundo del invierno cuando Elias se ganaba los elogios del consejo del pueblo. Cuando llegaba el hielo y el mundo quedaba blanco y silencioso, él había sido un seguro proveedor de carne de venado, perdices, liebres, incluso lobos y osos si la capa de nieve era muy gruesa. Ponía trampas para las zorras, aunque las atrapaba para permitir que las liebres crecieran. La carne de zorra sabía muy mal y no soportaba su olor.

Cuando cumplió cuarenta años le ofrecieron un puesto en el consejo del pueblo. Se sentía orgulloso de asistir a las reuniones el primer día de cada mes. Además de su habilidad, tenía una autoridad innata que crecía cada año, como una capa hecha para él tanto si quería como si no. No hablaba mucho, y si lo hacía era porque conocía el tema lo bastante bien para estar seguro de su opinión.

El único punto de desacuerdo era su negativa a tener un ayudante, pero incluso entonces sabían que su hijo lo seguiría cuando creciera. ¿Qué importaba que Elias prefiriese enseñar su arte a su propia descendencia? Siempre había algunos que gruñían cuando algún otro cazador iba a los bosques y volvía flaco, con las manos vacías y escarcha en la barba. Y entonces llegaba Elias, encorvado por el peso de un animal muerto sobre sus hombros, cubierto de sangre congelada y ennegrecida. Aunque no reía ni presumía ante los otros cazadores, algunos lo odiaban. También ellos eran hombres orgullosos y no les gustaba que los pusieran en evidencia delante de sus familias, por mucho que compartiera la carne a cambio de otros productos o de dinero. No decían nada, porque no eran tontos y el pueblo necesitaba a Elias Post más que a los otros cazadores. Ninguno quería ser expulsado y verse obligado a ir a la ciudad a trabajar. Allí no había buenos finales, todo el mundo lo sabía. Cuando las jóvenes huían a Darien, sus padres

incluso celebraban un sencillo funeral, sabiendo que era más de lo mismo. Quizá también para advertir a las otras chicas.

La epidemia había llegado aquel verano en el carro de un vendedor de pociones de la ciudad, o eso decían. Primero había caído sobre la ciudad, donde la gente vivía apiñada y en contacto con pulgas y piojos. Sin duda era un castigo por los apareamientos pecaminosos. No había que vivir mucho para saber que las vidas saludables no acarreaban mucho placer. La epidemia comenzó con erupciones y para la mayoría la cosa no pasó de ahí. Unos días de fiebre y picores antes de recuperar la salud. Todos comenzaron abrazados a esa esperanza, solo que algunos se quedaban fríos y con la mirada fija al cabo de una semana de sufrimiento y dolor. Fue algo cruel aquel año, y no tenía favoritos.

Cuando los supervisores del pueblo se reunieron aquel otoño, no se sorprendieron al ver vacío el asiento de Elias. Entonces murmuraron el nombre de Elias Post con tristeza y compasión. Todos se habían enterado. Wyburn era un lugar pequeño.

Su hijo Jack había muerto en solo una semana, un niño risueño de cabello negro que había caído enfermo y al que le habían arrebatado la vida, dejando un río de hielo en el corazón de su padre. Aquella última noche, sentado a su lado, el cazador había envejecido tantos años como había vivido el niño. Hacia el final, Elias había recorrido kilómetro y medio para rezar en el templo que había a las afueras de Wyburn y que se alzaba solitario en el camino que llevaba a la ciudad. Hizo una ofrenda: un puñado de heno dorado de la cosecha. La Diosa de la cosecha había dado un tirón a su cadena de hierro y había mirado hacia otro lado. Cuando volvió atravesando los campos y llegó a su casa, cerca de la plaza del pueblo, el niño estaba frío e inmóvil. Elias se había sentado a su lado y había permanecido allí un rato, solo para mirar.

Cuando salió el sol, su mujer y sus hijas lloraban y procuraban no rascarse los verdugones que les habían salido en la piel, mudas de miedo, pálidas como la carne arrancada. Elias las había besado a todas con la sal del sudor en los labios.

Había esperado que la epidemia se lo llevara a él, y cuando se durmió y volvió a despertar, casi fue un alivio descubrir que también tenía verdugones y la frente húmeda. Su mujer gimió al verlo enfermo, pero él la atrajo a ella y a sus dos hijas para formar un nudo de brazos, lágrimas y pesar.

—¿Y qué iba a hacer solo, amor mío? Tú y las niñas sois lo único que me queda. Ahora que Jack se ha ido. Tenía una oportunidad de ser feliz y me la han arrebatado. ¡No estaré solo, Beth! Dondequiera que vayamos, iré con vosotras. ¿Qué importa ya, amor? Iremos en busca de Jack. Lo alcanzaremos. Nos pondremos a su paso, esté donde esté. Se alegrará de vernos, sabes que se alegrará. Vaya, incluso puedo ver su rostro ahora mismo.

Con la llegada de la oscuridad, Elias se dio cuenta de que no soportaba estar allí escuchando las respiraciones entrecortadas en el silencio. Se levantó de la silla y se acercó a mirar por la ventana el camino iluminado por la luna. Acababa de oscurecer y sabía que la taberna estaría abierta. Aunque no era cerveza lo que quería, ni licores puros. Ni tenía dinero para pagarlos ni le gustaban. Había otras cosas que buscar en la luz y el ruido de una multitud.

Sabía que los hombres asustados podían expulsarlo, incluso matarlo, si veían las hinchazones de sus brazos y su estómago. Hizo una mueca de indiferencia, irritado por el picor. Quizá pensaba en el asesinato, aunque no lo creía. Unos hombres morían, otros se salvaban. Así eran las cosas entonces. Sabían que el contacto extendía el contagio; nadie entendía realmente cómo era. Había habido epidemias antes.

Surgían en los veranos y estallaban en los fríos meses que seguían. En cierta manera, eran tan habituales como las estaciones, aunque eso no era un consuelo para él.

Se encogió de hombros. Una vieja camisa y un abrigo largo esconderían las marcas. Tenía una hinchazón bajo el pelo y otra en la base del cuello. En el espejo parecía un mapa de islas blancas en un mar de tono rosa. Sacudió la cabeza y se abotonó la camisa hasta arriba.

Cazar era limpio, sobre todo en medio de la oscuridad y el frío. Salía y utilizaba su don para cazar venados con las manos. Era una habilidad que no había enseñado a nadie, aunque había esperado que su hijo aprendiera el oficio cuando fuera mayor. El pensamiento lo sumió en un dolor tan intenso que no pudo quedarse en la casa. Cogió ropas gruesas de un montón maloliente y se las puso, añadiendo, para ocultar el rostro, un sombrero de fieltro con el ala rota. No podía limitarse a permanecer acostado y morir. Esa había sido siempre su debilidad.

En la ciudad había medicinas, todo el mundo lo sabía. Había médicos que podían hacer que los muertos se levantaran y bailaran, o eso decían. Pero esos milagros requerían más monedas de las que un cazador de pueblo había visto en su vida. En otoño mataba cerdos en las granjas locales y a cambio le daban magras y riñones. O cortaba leña a cambio de un par de tarros de miel. Cuando caían en sus trampas zorras blancas o rojas, las despellejaba e inmediatamente vendía las pieles a un colega que vivía a unos kilómetros río abajo, a cambio de auténticas piezas de plata. Elias nunca había estado en la ciudad, pero sabía que allí vivía todo tipo de hombres cultos, capaces de hacer cualquier cosa. Pero por dinero, no por amabilidad o afecto. Se sobreentendía y lo aceptaba. El mundo no le debía nada a nadie. También él se ganaba la vida de ese modo.

Guardaba sus preciosas monedas en un bote que tenía sobre la repisa de la chimenea, en previsión de años venideros, cuando ya no fuera capaz de cazar en la nieve, cuando sus dedos ya no pudieran aferrar bien el cuchillo. Quizá también para cuando sus habilidades se redujeran, como la vista o el oído de cualquier hombre. Tocó el monedero que llevaba en el bolsillo. Horas antes había vaciado y contado el contenido en la mesa de la cocina. Quizá su intención había sido esa todo el tiempo, no lo sabía. La mente era un animal extrañamente complejo, lento y profundo, capa tras capa. Su padre le había dicho que a veces se sentía como un chico cabalgando sobre un buey corpulento, sin saber qué pensaba el buey.

El fruto de una docena de años de comerciar con pieles y carne le cabía en una sola mano. Ni siquiera sus preciosas piezas de plata serían suficientes, pero Elias no lo ignoraba. Los médicos eran ricos. Los hombres ricos esperaban oro, monedas con la cabeza de otros hombres ricos troqueladas en el suave metal. Elias nunca había visto una moneda de oro, pero sabía que un doblón valía veinte piezas de plata y ellos venían a valer más o menos lo mismo. Era un poco como los capitanes de las tropas que pasaban a veces en primavera, buscando hombres jóvenes para reclutarlos. Cada capitán tenía unos veinte hombres a sus órdenes, y les decía qué hacer y por dónde ir. Mientras caminaba, Elias se preguntaba cuántos capitanes mandarían un general. ¿Una docena? ¿Una veintena? ¿Habría algún metal que valiese más que el oro? Si era así, él no sabía ni su nombre.

Pensaba en estas y otras cosas mientras recorría el camino de la posada, con la mente oscilando entre el dolor, la ira y la temeridad. Había trabajado duro y había criado cuatro hijos. Uno había sido enterrado tras estar unos pocos días en el mundo. Su mujer y él eran más jóvenes entonces,

más capaces de asumirlo y seguir adelante. Le había dicho a Beth que tendrían otro, la había consolado de esa manera. Dijo que aquel dolor era el diezmo que les tocaba pagar por su derecho a existir.

Pero no había sido parte del trato la pérdida de su hijo Jack, ni que la epidemia del escozor alcanzara a sus hijas. Elias se había enterado de que casi todos los que caían enfermos se recuperaban. Al principio había estado tranquilo, convencido de que pasaría, negando lo que estaba sucediendo hasta el momento en que sintió que la mano de su hijo estaba fría. La carne había conservado el color, pero antes siempre había estado caliente. Entonces lo había sabido.

Había enseñado al muchacho a leer, letra por letra. Sencillamente, no era posible que las lecciones hubieran cesado, que no volviera a oír su voz entrecortada ni a sentir el riente peso del muchacho cuando saltaba a sus brazos desde el umbral de la puerta. Puede que fuese una especie de locura, pero Elias no sentía ningún freno en él esa noche, como si hubiera visto su vida a través de un cristal y hubiera entendido por fin que nada importaba ya, solo aquellos a quienes amaba y que lo amaban a él.

Sabía que aquella era una de las dos noches del año en que los granjeros vendían su lana. La gran Víspera de la Cosecha se acercaba y sería una jornada de fiesta, donde se cortarían gruesas lonchas de jamón y, por un día, los habitantes del pueblo beberían a la salud de los demás y comerían hasta no poder moverse. Lo primero era la venta de la lana, al final del verano. Aquella noche habría hombres con cantidades de plata en la taberna, encantados consigo mismos y bebiendo jarra tras jarra de sabrosa cerveza parda.

Elias se humedeció los labios con la lengua, pero sintió que el aire frío volvía a secarlos y a endurecerlos. Nunca había usado su habilidad con los hombres. Ese don secreto suyo

era para los profundos silencios, para las oscuras colinas y los hielos. Utilizarlo bajo miradas ajenas sería como pasearse con el culo sobresaliendo de los pantalones. Se dio cuenta de que estaba sudando y empezó a rascarse. No, esa noche no. Esa noche tendría que tener las manos quietas, aunque fuera un tormento insoportable. Todo el país estaba lleno de advertencias sobre la epidemia y todos sabían que su hijo había muerto.

Entonces recordó que la Diosa había mirado a otra parte cuando le rezó por su hijo Jack. Elias tuvo que morderse el labio al recordarlo, hasta que el dolor le hizo temblar, cualquier cosa antes que maldecirla. Puede que hiciera oídos sordos a los que necesitaban su ayuda, pero oía todas las palabras pronunciadas con maldad. Era difícil borrar de la mente las furiosas palabras que hervían y bullían en ella. Avanzó dando bandazos hasta la luz que se derramaba sobre la calle, atraído por el rumor de las risas y el tintineo de las jarras oscuras.

Se deslizó entre los que bebían y los que hablaban sin que su presencia fuera notada en absoluto. No era un hombre alto y llevaba la barba corta, con mechones grises. Había vivido cuarenta y cuatro años en aquella ciudad y si aquel iba a ser el último, había vivido más momentos buenos que malos. Saludó con la cabeza a uno o dos que conocía y siguió adelante mientras los otros se quedaban con los ojos como platos. Nadie había visto a Elias en la taberna, no en todos los años que llevaba cazando. No era un hombre sociable. Nunca sería un supervisor de Wyburn, aunque puede que ayudara a elegir a algún candidato.

En un extremo del local estaban las mesas de juego que buscaba, con los granjeros que esperaba ver. A pesar de su

sería finalidad, torció la boca al recordar las palabras de advertencia de su madre sobre aquella taberna en concreto y los vicios que contenía. Ella llevaba mucho tiempo bajo tierra, en un agujero cavado con sus propias manos. Había acumulado tierra dos veces, para que hubiera un montículo que se había hundido mientras tanto. Aun así, recordaba sus palabras.

Frente a los hombres sentados a la mesa había montones de monedas de plata. Elias rebuscó en el bolsillo y sacó la docena que poseía. Las enseñó como prueba de que tenía derecho a estar allí, buscando al cabecilla, quienquiera que fuese. En términos generales no conocía a ninguno de aquellos hombres, aunque a algunos los había visto por las tiendas del pueblo. Uno de ellos tenía una mirada más penetrante que los demás, y eso que eran hombres acostumbrados a sacar a una oveja de entre los espinos o de una zanja llena de barro. Al notar que los ojos del extraño recorrían su rostro, desvió la mirada, convencido de que oiría un grito de asco y la alarma de la epidemia. Tenía más aspecto de portero de burdel. Más joven que el resto, llevaba un elegante chaleco amarillo sobre una camisa blanca que lo distinguía de los demás. Las camisas blancas se guardaban normalmente para los entierros y las bodas, cuando acontecían. Los demás clientes llevaban colores en los que la suciedad era como un brillo en una prenda que se ha usado demasiado. El amarillo y el blanco eran un desafío en sí mismos. Quienquiera que fuese, aquel hombre no trabajaba la tierra.

Elias se dio cuenta de que su mirada quedaba atrapada por la curiosidad de aquel hombre. De anchas espaldas, al extraño le faltaba la corpulencia de los granjeros de la mesa. Era más perro ovejero que mastín, concluyó Elias, más rápido que musculoso. Aun así, había en sus ojos un sentido de la amenaza que lo dejaba petrificado.

Pese a todo, mantuvo las monedas a la vista, apretadas entre sus dedos de uñas ennegrecidas. Nunca había utilizado su habilidad de aquella manera y notaba que le temblaba la mano, inseguro hasta ese momento de que fuera a funcionar.

El joven se encogió de hombros y señaló una silla vacía. Cuando Elias se acercó, vio en la cadera de aquel sujeto uno de los nuevos revólveres que fabricaban en la ciudad, un objeto de metal negro que parecía resbaladizo y bien lubricado dentro de la funda. Se decía que hacía mucho ruido y que podía abrir un agujero en un lomo. Elias miró el objeto con reverencia y miedo, y el propietario del arma sonrió ampliamente al darse cuenta de su interés.

—¿Ha visto mi juguete, guerrero? No tema, *meneer*. Me llamo Vic Deeds. Si ha oído hablar de mí, sabrá que no desenfundo con esta clase de compañía.

—No tengo miedo —dijo Elias.

Hablaba con tal veracidad que el hombre lo miró con cara extraña. Antes de que el pistolero hiciera más preguntas se repartieron las cartas, Elias tomó asiento y puso su primera moneda en el centro de la mesa. Nunca había jugado en público, solo alguna que otra partida en la mesa de su cocina con su mujer y su hijo. Se sentó dando la espalda a la multitud y sabía lo suficiente para acercarse las cartas al pecho. Había oído hablar de hombres que ponían a sus amigos detrás de otros jugadores para que les señalaran si llevaban o no una buena mano.

La partida comenzó con una apuesta, luego la oportunidad de mejorar las cartas y al final una última ronda de apuestas. No parecía que hubiera límite para una mano, así que Elias sabía que podía perderlo todo en una sola ronda. Sus primeras cartas no valían nada, así que las puso boca abajo y esperó que aquella ronda llegara a su fin, esforzándose por conseguir la calma que necesitaba.

Ya. Allí estaba. Sentía el don tan fuerte como siempre. Incluso rodeado de gente, con charlas, risas y hombres que tropezaban con su silla, estaba allí para ser invocado. Sintió un brote de confianza y sonrió mientras destapaban las cartas. Cuando levantó la vista, vio los ojos del pistolero fijos en él otra vez, observándolo con una concentración que lo ponía nervioso, como si aquel Vic Deeds pudiera ver el don que había llevado a Elias a aquel lugar olvidado de Dios, con todas sus esperanzas sacadas lentamente del mundo, a unas pocas calles de distancia.

Consciente de sus ampollas, Elias bajó nuevamente los ojos, dando gracias por el sombrero que llevaba y por la longitud del pelo que le caía sobre el rostro. Vio que una moneda de plata que había sido suya pasaba a formar parte del montón de ganancias de otro hombre. Representaba una semana de poner trampas, más o menos. Y eso que Elias había visto cada carta.

Cuando se repartió la segunda mano, utilizó de nuevo el don, pero frunció el entrecejo para *llegar* todo lo lejos que podía. Aquella mano iba a ser lenta, ya que los hombres carraspeaban y vacilaban ante cada apuesta. No podía mirar más lejos de lo que necesitaba. Se dio cuenta a regañadientes de que tendría que ir a todas las rondas, y luego estirar el don todo lo posible para ver los resultados.

Jugó dos rondas más antes de ganar una, pero recuperó todo lo que había perdido más cuatro piezas de plata. El pistolero gruñó irritado, porque había apostado la mayor parte de su propio montón en una mano débil y fallida. Elias reunió las monedas y se preguntó si la taquicardia podía causarle un desvanecimiento. Si ganaba lo suficiente, le pediría prestado el caballo a Joan la Viuda e iría a la ciudad en busca de medicamentos. Si no agotaba ni el caballo ni sus fuerzas, estaría de vuelta pocos días después con lo

que su mujer y sus hijas necesitaban. Lo conseguiría. Estaba a su alcance.

Cuando se repartió la siguiente mano, sintió que todo se derrumbaba a su alrededor. El hombre sentado a su derecha había estado mordisqueándose la barba amarilla y mirando a Elias con expresión agria desde el mismo momento en que se había sentado. Sin previo aviso, el granjero alargó la mano para tocar el abrigo de Elias. Sus dedos se cerraron en el aire cuando Elias se echó hacia atrás y su emoción se desvaneció al ver su sueño hecho pedazos.

–¿Qué escondes en la manga, hijo? –dijo el hombre.

La mitad de la mesa se quedó petrificada y el pistolero se reanimó, enseñando sus blancos y agudos dientes. El viejo granjero ni siquiera se dio cuenta de que sus palabras parecían acusar a Elias de tramposo. Señaló a este con una mano huesuda.

–Estás sudando a mares, pero no te quitas el abrigo. Ese viejo sombrero tuyo tiene polvo en el ala. No es de los que te pones todos los días, ¿verdad? ¡Enséñame los brazos, hijo! Si estás limpio, te estrecharé la mano y te pediré perdón. Qué coño, incluso te invitaré a un trago. Pero antes demuéstreme que no eres portador de la epidemia.

Elias se puso en pie, llevándose una mano al ala del viejo sombrero.

–No quiero problemas, señor. Solo quería jugar a las cartas.

Hizo una mueca antes de que la voz que se oyó detrás de él pronunciara una sola palabra, pero la presión era demasiado fuerte y tenía la mente nublada por la debilidad y la fiebre. Un hombre había perdido aquella noche todas las ganancias de la temporada. Mientras gritaba, comenzó a ponerse en pie, asido al borde de la mesa, medio volcándola por culpa de su cólera y su avaricia.

Elias supo entonces que había sido un error, una fantasía salvaje que aún podía costarle la vida. Así que *se estiró*, mientras la pelea empezaba a su alrededor.

Vic Deeds se retrepó en la silla para cuidar que nadie acabara muerto. En su vida había visto nada igual, y eso que durante la mayor parte de sus veintiséis años había cabalgado tanto con ladrones como con militares: y a veces con tan poca diferencia entre ellos que no recordaba quién era qué. A pesar de la ira de los granjeros que se daban puñetazos unos a otros, ninguno osó atacar a Deeds, que siguió sentado e inmóvil, con la mano apoyada suavemente en el largo revólver que tenía sobre el muslo. Uno de ellos, que tropezó con sus piernas estiradas, incluso se quitó el sombrero para disculparse, pero no fue eso lo que sorprendió al pistolero. Casi todos los granjeros advirtieron que era un asesino, del mismo modo que las ovejas tienden a agruparse en presencia de un perro al que nada le apetecería más que destrozarles la garganta.

Lo que hizo que dilatara los ojos con escepticismo fue aquel pequeño individuo que había apostado fuerte en una mano peligrosa y había ganado un buen montón de monedas antes de que le llamaran la atención por lo de la epidemia. Esa parte al menos le traía sin cuidado. Le habían aplicado una tintura medicinal en el brazo pocos meses antes... y había tomado un trago amargo de la misma sustancia cuando se lo dijeron. El ejército que le había confiado los nuevos revólveres había insistido. El jarabe cuesta una fortuna, ese era el problema. Seguro que nunca se abriría paso hasta los pueblos de mierda en los que se compraba y vendía lana húmeda.

En opinión de Deeds, a nadie hacía daño reducir la manada, sobre todo si los que desaparecían eran los viejos y los débiles. Eso era sentido común y no era problema suyo saber

en qué gastaban el dinero las Doce Familias de Darien. De todas formas, se le había estropeado la noche. Había esperado ganar lo suficiente en la mesa para estar en forma un par de meses. Los granjeros que no sabían calcular probabilidades eran precisamente sus favoritos.

Deeds se fijó en el desconocido que se movía entre la multitud en dirección a la barra, como si caminara por una brecha que todos habían accedido a abrir. El cazador del abrigo largo daba cada paso con cuidado, deteniéndose para que un puño pasase delante de su cara o que un bastón trazara un arco completo. Elias, con la elegancia de un gato, esquivó una mesa giratoria, desviando ligeramente su curso para que no cayera sobre un hombre caído, poniendo la palma de la mano sobre la pulimentada madera. Era como contemplar una danza, pero Deeds creía que nadie más se había dado cuenta. Estaban todos tan ocupados con sus rencillas y su jubiloso bulli-cio que se perdieron una docena de episodios que rompían todas las normas que regían el mundo.

Deeds no había sido blando de niño y tampoco lo era de adulto. Tomó una decisión repentina y levantó el revólver cuando Elias estaba solo a dos pasos de la calle. Deeds hizo fuego dos veces sin vacilar y los estampidos sonaron tan fuertes en aquel espacio cerrado que los oídos le pitaron con un tono agudo. El pistolero se quedó boquiabierto al percatarse de lo que había visto al final de la línea que salía del cañón de su arma.

Elias lo había mirado a través de la multitud antes de efectuar el primer disparo y se había movido lo imprescindible para esquivar el proyectil. Al hacer el segundo disparo Deeds afinó la puntería, basándose en su instinto para apuntar y corregir a una velocidad que habría hecho llorar a un hombre más viejo. Vio pasar el proyectil por debajo del brazo del tipo, entre su cadera y su codo. La bala había alcanzado en

el pie a uno de los camorristas que estaban detrás de él y a Deeds no le quedó más remedio que quedarse atónito y mirando. No les separaban más de cinco metros. Nunca había fallado a esa distancia.

Ya en la puerta, Elias miró atrás entre una nube de humo con una mezcla de ira y tristeza. En el repentino silencio, abrió la puerta de golpe y desapareció en medio de la noche.

2

EL CHICO NUEVO

El anciano había sido soldado en su época; o eso decían cuando estaban seguros de que no los oía. Si era cierto, tuvo que ser cuarenta años antes. Puede que Tellius hubiera tenido en tiempos un pecho como un tonel, pero con el paso de los años los brazos se le habían quedado como las patas de un cuervo y más o menos igual de secos. Fuera cual fuese la verdad, se enfadaba muy pronto con los muchachos; eso era bien sabido. Si no trabajabas, no comías. Si no comías, tu única esperanza era el gran horno de ladrillo para pobres que había en la calle Estuario. Quizá solo fuera mala suerte que el orfanato de la ciudad pareciera un horno de panadería, pero así era. Había muy pocas ventanas en el edificio y las historias que contaban de él no eran agradables. Ninguno de los chicos que robaba para Tellius habría esperado dormitorios limpios ni la oportunidad de aprender a leer y escribir allí.

A veces, los guardias de la ciudad, aquellos guardias nuevos a quienes llamaban Hombres del Rey, detenían a amigos que habían conocido. Al comparecer en los juzgados, los jóvenes habían escondido su miedo, con la cara bien lavada y el cabello peinado hacia atrás con brillantina. Habían prometido volver en cuanto pudieran escapar y contar a los demás

cómo era aquello. Ninguno había regresado jamás y nadie había vuelto a verlos. No, ellos robaban porque las alternativas podían ser muy lúgubres. Eso era lo único que les pedía el anciano y, aunque no fueran totalmente limpios, al menos no pasaban hambre. Incluso corría el rumor de que cuando cumplieran catorce años el viejo Tellius les conseguiría un puesto de aprendiz en una herrería o en el taller de un alfarero. Nadie le preguntó nunca si esa parte era cierta, por si acaso no lo era. Mejor no poner a prueba los sueños, eso lo sabían todos. Con cuidado y lustre, un buen sueño podía dar esperanza y consuelo durante muchos años.

Tellius avanzó arrastrando los pies por delante de la hileras de niños sucios y malolientes. Llevaba un saco de fieltro con un cordel y se detenía junto a cada chico para ver qué le habían llevado. Su mente chascaba como bolas de un ábaco cada vez que metían unas monedas, o un broche, o una horquilla de plata. Nunca se le había visto con un libro de contabilidad, ni siquiera con un papel. Aunque había veces que estiraba su largo brazo y cogía por el cuello a algún muchacho de manos lentas o que comía más de lo que llevaba a casa. Tellius se daba entonces golpecitos en la sien y, mientras el chico se retorció, el viejo le recitaba una lista de todo lo que el chico había llevado a su taller, casi como si lo tuviera en una mesa, delante de él. A veces, incluso alargaba el brazo para coger un objeto imaginario y acercarlo. Después los enviaba fuera a pasar hambre durante un par de días, sin ni siquiera darles el azote con el cinturón que habían esperado. La calle era dura para aquellos que no tenían a nadie. Los que volvían, tiritando y más flacos, habían aprendido una lección. Los que no volvían, a veces eran encontrados en el río.

Tellius arrugaba la nariz mientras recorría la ordenada fila de chicos, enseñando los huecos que tenía entre los dientes y la lengua que siempre parecía demasiado grande para su boca

y que en cierto modo amortiguaba su voz. Tenía que guardarla en el hueco interior de la mejilla cuando quería hablar con rapidez y la medida le daba una expresión asimétrica, sarcástica, con un ojo levantado y destellante y el otro escondido entre los párpados y la ceja, toda la cara hecha un nudo.

Miró al último chico de la hilera, que al menos no había sido tan estúpido como para fingir que había metido algo dentro de la oscuridad del saco. Todos lo habían intentado alguna vez después de una mala noche. Algunos hacían que un amigo lo distrajera en el momento exacto en que abrían la mano, incluso echaban una piedra dentro, para que las monedas tintinearan. Pero en todas aquellas ocasiones Tellius los había cogido por la muñeca con tanta fuerza que los había dejado sin resuello.

–Va a ser tu única oportunidad, hijo –decía entonces–. Mejora o vete.

El chico que no se había movido se llamaba Donny, era uno de los menos espabilados y Tellius sabía que tendría que mandarlo a la calle. Tendría que haberlo echado en cuanto llegó a Darien. El proceso había sido gradual mientras pasaban las estaciones y los decenios. Ni siquiera entonces reconocía Tellius las pocas veces que expulsaba a un chico. Le habría sorprendido que le dijeran que no había hecho nada parecido durante años.

No creía que Donny se quedara nada para sí, el muchacho estaba desesperado por quedarse y solo la Diosa sabía de dónde habría escapado para encontrar consuelo en aquella mugrienta familia. Pero el mundo es duro y solo había una verdad permanente: Tellius no podía crear comida de la nada.

–¿No hay nada para mí, Donny? –dijo con dulzura.

–He encontrado un chico nuevo –respondió Donny a toda prisa. Sabía que había agotado todas sus oportunidades–. Usted dijo que eso valía. Lo dijo.

Tellius miró más allá de Donny, aunque la verdad era que había visto al chico nuevo en el momento en que entró en la habitación. En aquel extremo había habido quietud mientras los demás corrían de un lado para otro, presumiendo y empujándose. Tellius había conocido en sus tiempos a algunos perros heridos que echaban a la habitación la misma mirada cauta, más bien huraña, con un asomo de violencia en ella. Ya había visto aquello antes, aunque el chico que estaba con Donny debía de haberse caído en un pozo ciego para haber acumulado tanta mugre. Tellius arrugó la nariz al inclinarse para echarle un vistazo.

Donny levantó la vista y vio su cara de asco.

–Tuvimos que correr y todo eso. Y se metió en un montón de mierda. Yo me metí debajo. Los otros pasaron de largo.

–¿Y por qué os perseguían, Donny? No deja de ser extraño que lo menciones, porque no has traído nada para el estofado ni para merecer un sitio en tu rincón.

–Mi navaja no tenía filo y no cortaba, o sea que cuando tiré del bolso, ella lo notó...

–Y echaste a correr –dijo Tellius dando un suspiro–. Con las manos vacías.

–Pero he traído a este. Lo vi y parecía tener hambre y le dije que viniera conmigo, porque recordé que usted dijo que un chico nuevo era tan bueno como un pendiente de perlas.

–Muy bien, Donny. Sé lo que dije. Ve y come estofado con los demás. Esta noche es de pescado. Con pimienta, para que os lagrimeen los ojos.

Donny agachó la cabeza y se alejó, diez años y todos huesos, con la piel pecosa tan tirante que parecía que fuera a romperse solo por sonreír.

Tellius se volvió hacia el recién llegado.

–Bien. ¿Quién eres? Además de un monumento a la porquería.

El chico le devolvió la mirada en silencio, ojos grandes. Estaba tan flaco como Donny y la fetidez que emanaba hizo que Tellius tosiera y carraspease. No es que el viejo se preocupara por la limpieza de los chicos, pero estuvo tentado de meter a aquel en el barril de recoger lluvia que había en la parte de detrás, para que no apestara toda la casa. Tellius olisqueó otra vez el aire, contento de que su resfriado hubiera vuelto y le hubiera bloqueado al menos un orificio de la nariz.

–¿Te ha comido la lengua el gato? ¿Eh? ¿No hablas?

El chico negó con la cabeza y las peludas cejas de Tellius se elevaron más de dos centímetros.

–¿No hablas? –repitió.

El chico volvió a decir que no con la cabeza, solemnemente.

–Pero ¿puedes entenderme? –preguntó Tellius.

La cabeza bajó y subió muy despacio.

–Diosa, esto no puede ser verdad –murmuró.

Ya había conocido antes a chicos que por desgracia no sabían hablar. A menudo eran muchachos con una historia tan sombría que había aprendido a no preguntar. No podía hacer nada por aquellos pobres mudos. Algunos duraban. Otros se desvanecían al cabo de un tiempo. Él no podía ser un padre para todos, bien lo sabía la Diosa. Solo podía hacer un poco por ellos y si no era suficiente... Se mordió la lengua rápidamente. La Diosa escuchaba a los ancianos que la desdeñaban, todo el mundo lo sabía. Y ella visitaba a aquel hombre en medio de la oscuridad de la noche y lo sacaba a rastras de la cama. Era mejor contener la lengua en la ciudad real de Darien.

–Donny y los otros chicos trabajan para mí –dijo–. Solo tengo esta planta, que fue mi taller hace mucho tiempo, pero es mío y no pago alquiler. Ni tampoco impuestos, ya que el edificio fue condenado. Así que utilizamos la puerta trasera para ir y venir. No puedo mantenerte si no trabajas y si no

puedo encontrarte trabajo, saldrás y me conseguirás un jornal diario con tus manos. Traerás un bolso, o una hebilla de zapato, o un par de magras para la cena. ¿Entendido? Si haces eso, tendrás a cambio dos comidas y una cama caliente y nadie te hará daño. Cuando crezcas, bueno, podrás hacer lo que te dé la gana, aunque aún me quedan algunos amigos a los que siempre vienen bien unos trabajadores empedernidos. Ah, y te darás un baño con agua fría, porque apestas.

El chico lo miraba con ojos de búho. Tellius le sonrió y le habría revuelto el pelo con la mano si no hubiera sido una masa pringosa.

—Así que necesitas manos rápidas, muchacho. ¿O prefieres colarte por las chimeneas con un trapo alrededor de la cara? Necesito las dos categorías casi todos los días, para seguir adelante. Parece que tienes un estómago fuerte. Podrías cavar para construir retretes en las casas de los ricos. ¿Bien? Ah, sí. ¿Qué tal si dices que sí con la cabeza? ¿Manos rápidas y robos?

Al ver la mirada fija del pequeño, Tellius se preguntó cuánto habría entendido. Quizá era uno de esos huérfanos que a veces vagaban por la ciudad. Movidó por un brote de inspiración, el viejo miró en sus bolsillos y sacó una manzana arrugada, un dedal de cristal verde y un tapón de papel, todavía manchado de vino tinto.

—Así, muchacho. Manos rápidas.

Lanzó los tres objetos al aire y se puso a hacer malabarrismos con ellos. Vio que el chico los seguía con la mirada. Tellius trató de no sonreír con orgullo. El chico alargó las manos.

—Vaya, te gustaría intentarlo, ¿eh? —dijo Tellius, dándole los objetos—. Pero estas cosas son mías; quiero que me las devuelvas...

Calló al ver que el chico las lanzaba exactamente de la misma forma que había hecho él, reproduciendo sus movimien-

tos. El anciano lo miró un rato, pero como no caía ninguno al suelo, los atrapó en el aire, dejando al muchacho sin nada en las manos y con un frunce en la frente.

–Eso ha estado bien... eh... Por las Llagas de la Diosa, ¡tengo que llamarte de alguna manera! No puedo llamarte «chico» en este lugar, ¿no crees? ¿Cómo te llamas, hijo? ¿Sabes eso al menos? ¿Puedes escribirlo? ¿No? –El chico negaba con la cabeza otra vez–. No, no lo creo. Bueno, voy a llamarte... Arthur. ¿Qué tal suena? Arthur. Creo que significa oso.

El sucio muchacho lo miró en silencio hasta que el viejo dio un suspiro.

–Bien. Sabes hacer malabarismos, lo que significa que sabes coordinar los ojos y las manos. Pero eres pequeño, así que no vas a ser un soldado, a menos que crezcas de la noche a la mañana. Aun así, creo que serás una buena adquisición. Ahora le diré a Donny que te enseñe el barril. Tendrás que utilizar el cepillo del suelo y un cubo. Sé concienzudo, Arthur. Habrá estofado para ti después, o nada, si tardas mucho.

Elias salió dando bandazos de la taberna y se vio rodeado por la oscuridad; de todos modos, solo había un camino en el pueblo y lo cruzaba de un extremo a otro. Estaba al borde de las lágrimas mientras echaba a andar; todos los bonitos sueños que habían precedido a aquella velada ya no eran más que trapos quemados. Ya no ganaría lo suficiente para comprar medicinas. No correría a la ciudad con el caballo de la viuda ni salvaría a su mujer y a sus hijas. Lejos de ello, las vería morir o moriría él mismo. Que la epidemia se los llevara a todos. Sin un médico de la ciudad, no era mejor que tirar los dados. Eso era lo que le había hecho cambiar de opinión sobre aceptar su suerte: la idea de que su mujer y él pudieran morir y dejar solas a las niñas.

En cierto modo, la tristeza resultante de su fracaso era más aguda por la forma en que había ocurrido. Había usado su don y le había fallado. Se sentía manchado por la experiencia, como si hubiera cometido un pecado y hubiera transmitido algo que había sido solo para él. Aún podía sentir en él la mirada de aquel pistolero, llena de incredulidad cuando Elias *se estiró* y vio dónde poner los pies para evitar las balas.

El peor momento fue cuando utilizó su don y vio que la bala alcanzaría a otro hombre cuando él se apartara. Aunque Elias había sentido la epidemia en sus entrañas y la muerte en su espalda, se movió, incapaz de morir con la dignidad intacta. La vergüenza le remordía y se detuvo en mitad del camino, solo unos momentos antes de oír pasos que raspaban las piedras a sus espaldas.

Vic Deeds lo había seguido a la luz de la luna, pero se había quedado muy atrás hasta que comprendió que aquel sorprendente cazador que gemía en la oscuridad no representaba ningún peligro. Sin embargo, cuando Elias se volvió para mirarlo, el joven desenfundó los dos revólveres y le apuntó con ellos. Casi todos los cachorros de la nueva hornada de pistoleros daban preferencia a una mano, pero Deeds podía disparar igual con la izquierda que con la derecha. La verdad es que le gustaba ver a los hombres encogerse cuando oían su nombre.

Lo que hacía latir más deprisa su corazón no era solo el poder destructivo que llevaba en las manos. Lo que Deeds había observado en la taberna lo había turbado. Sabía que era bueno con las armas. Había hecho que los revólveres encajaran en su mano como un guante después de practicar miles de horas. Gracias a eso se había vuelto aterrador, incluso para los espadachines expertos, cuya habilidad trabajosamente conseguida no servía para nada ante el cañón de un arma de fuego. Y a pesar de eso, Deeds había visto

a un hombre, situado entre la multitud, esquivar y luego despreciar la amenaza de sus balas. Ni siquiera estaba seguro de lo que decir, pero sabía que tenía que llevarse al campamento a aquel cazador tan especial. El general no era un hombre al que pudiera distraerse con nimiedades, Deeds lo sabía. Pensó que un hombre que podía caminar entre una lluvia de balas no era una nimiedad, fuera cual fuese su truco.

Haciendo un esfuerzo, enfundó los revólveres y levantó las manos para enseñar las palmas desnudas.

–Siento haberle apuntado. Me asusté cuando vi que se volvía. No quiero hacerle daño, *meneer*, y siento profundamente haber estado a punto de herirlo en la taberna.

–Le faltó mucho para eso –dijo Elias Post.

Deeds sonrió forzosamente y prosiguió:

–Soy un hombre de palabra, *meneer*. Y le doy mi palabra de que no le haré daño ni intentaré hacérselo. Yo no comencé la pelea.

–Pero me disparó dos veces –replicó Elias–. No lo conozco, solo sé de usted lo que dicen en los campamentos de leñadores.

Deeds decidió no preguntar qué era lo que decían. Los leñadores tenían una vena mezquina.

–Soy un hombre responsable, al igual que usted, *meneer*. Trabajo para la legión, para el general Justan, no sé si lo conoce. Me paga un salario, sí, y una bonificación cuando le complazco. Usted es cazador, ¿verdad? Ha pagado el diezmo el Día de la Diosa, sin duda. ¿Ha enviado productos a los mercados? Por supuesto que sí. Y reina la paz, porque las Doce Familias de Darien dijeron que tenía que haber leyes en todo el país. El general Justan paga a unos cuantos como yo para que cacemos a los hombres que no quieren jugar limpio. Me envía cuando se entera de que ha habido un asesinato o una

contienda. Y yo impongo su venganza. O su justicia. Es casi lo mismo. Piense en mí como si fuera un funcionario público, *meneer*.

—¿Qué quiere de mí? No permitiré que me abata de un disparo, esta noche no.

—No, no lo permitiré, seguro que no —dijo Deeds, sobrecogido—. Y por eso exactamente estoy aquí fuera, sin haber traído siquiera el abrigo, para hablar con usted. Lo que quiero es que cabalgue unos kilómetros conmigo hasta el campamento de la legión Inmortal del general Justan Aldan Aeris. Ahora dígame lo que quiere usted y veremos si podemos encontrar una forma de estar contentos los dos.

Elias se limpió la nariz con la manga, dejando un brillante reguero en el tejido.

—Tengo la epidemia, señor Deeds —repuso débilmente—. No querrá estar cerca de mí.

—¿Y qué? Yo soy inmune, o eso dicen. Entonces, ¿quiere un médico? ¿Ganaría un día de su vida... a cambio de que yo se la devuelva entera?

—¿Conoce alguna cura?

Elias vio que Deeds asentía lentamente con la cabeza. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para calmar la excitación que se apoderó de él. Sabía que los hombres como Deeds pasaban de largo mientras los extraños morían en las orillas del camino. No se detenían a ofrecer consuelo ni acercaban agua a los labios de los agonizantes. Ni siquiera bajaban los ojos para mirar.

—Lo necesito. No para mí —respondió Elias con firmeza—. Yo acabo de empezar. Es para mi mujer y mis dos hijas.

—Hecho —dijo Deeds—. Lo juro por mi honor. Tengo un caballo en las cuadras de ahí atrás. Nos llevará a los dos. Si viene conmigo al campamento, enviaré al médico y hará lo que pueda. ¿Conforme?

Elias sintió que el corazón le latía con miedo. El pistolero sonrió mientras le alargaba la mano derecha. Elias no se atrevía a tener esperanzas, pero no podía impedirlo.

–Muy bien, pero puedo pedir prestado un caballo. Tiene usted un día, señor Deeds. Si envía al médico a curar a mi familia, yo veré a su amigo.

–Oh, no es mi amigo –dijo Deeds, riendo por lo bajo mientras firmaban el pacto con un apretón de manos–. Pero querrá conocerlo, de eso estoy seguro.